

EL MOTÍN

Año XXXIX

Madrid, Jueves 30 de Enero de 1919.

Número 5.

EL MOTÍN
PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

ROSA LUXEMBURGO Y LIEBKNECHT

La deshonra del pueblo alemán

Esta vez sí que Alemania ha sido definitivamente vencida. Vencida en espíritu, que es vencimiento peor. La muerte de Liebknecht y Rosa Luxemburgo es, como dice el mismo parte de Nauen, la deshonra del pueblo alemán. El bárbaro asesinato de Rosa, sobre todo, revela, según el propio telegrama, el envilecimiento moral producido por la guerra.

Os extrañaréis, lectores, si os digo que Carlos Liebknecht era para mí el caso psicológico más interesante del mundo, desde que estalló la guerra? Pocas veces la tragedia personal del conflicto entre el individuo y lo que se llama «patria» se habrá presentado con más intensidad. Mientras la mayoría del partido socialdemocrático, incluyendo a Haase, estrechaba la mano del emperador en la famosa sesión del Reichstag, Liebknecht iniciaba su protesta, verdadera liberación de sí mismo entre la bajeza común. Allí en París, Juan Jaurés, espíritu gemelo, caía bajo las iras estúpidas de un nacionalismo de escarpada (es un crimen todavía no castigado, para vergüenza de Francia). Y en Berlín, Liebknecht desafiaba el desbordamiento idolátrico de las turbas y el odio de los elementos imperiales. Era el vástago de una dinastía de combatientes por el ideal, libertadores de sí mismos, esperando la hora de serlo de su tierra y aun de la Humanidad. Así como el padre en 1871 compensó a su tierra del pecado de haber producido a Bismarck (pecado que ahora se está expandiendo), y elevó una invectiva de solitario y de profeta contra la anexión de Alsacia-Lorena, el hijo se mantuvo fiel al vínculo supranacional de la idea socialista, a costa de la libertad y de la vida. Alguien dijo que Liebknecht estaba destinado a ser el eslabón que uniría de nuevo a Alemania con el mundo, acabada la guerra. Y la verdad es que, por el egoísmo de los pueblos vencedores, Liebknecht era, más allá de la guerra material, el repre-

sentante de la verdadera lucha espiritual de la Alemania libre contra las exigencias desmesuradas de Occidente, exigencias dirigidas más todavía contra el peligro de la renovación social del mundo que contra la nación vencida. ¡No podía el tráfugo Gustavo H-rvé un apoyo decidido de la Entente al Gobierno Ebert y Seheidemann, para poder tratar con una Alemania todavía digna de su pasado imperial y por tanto de su derrota, en vez de tratar con una Alemania renovada y purificada por la rebelión? Guillermo Liebknecht, el padre, quiso tender la mano de su Alemania vencedora a los hombres de la «Commune», que habían lavado las culpas del emperador francés. Carlos Liebknecht, el hijo, ha muerto en el empeño romántico de resucitar una «Commune» en su Alemania vencida para hacerla digna de unirse a Occidente como compañera, en vez de someterse como esclava de botín.

Nuestro público, distraído y cándido, propicio a recibir todas las interesadas mentiras de las versiones oficiales y ortodoxas, ¡se ha hecho cargo de lo que representará ante la Historia ese grupo juvenil y frenético, penetrado por la unción del porvenir, que tomó por insignia el nombre simbólico de Spartacus? En torno al caudillo, turbulento y generoso, agrupáronse, como una pléyade, diversas modalidades de la común ilusión. Mehring, el patriarcal, que recibía una infusión de nueva juventud en el cenáculo, Ledebour, el concienzudo, el gran acusador de los ardientes días parlamentarios, el que proclamó crudamente la necesidad de restituir a Francia las provincias arrebatadas; Ruble, el discípulo fiel; el propio Carlos Kauski, el tratadista, continuador de la obra del apóstol Marx. Y como corona de esa falange, una mujer, Rosa Luxemburgo, con un prestigio varonilmente ganado en la más arosa de las luchas contra el militarismo cesáreo; una mujer cuyo martirio será en el porvenir una ignominia para el pueblo que en masa lo consumó y un nombre en la serie de los que han rescatado con su sacrificio la vida animal y materialista de las multitudes.

No puedo imaginar sin profunda irritación la horrible escena, que viene a ser, en las contraposiciones de la Historia, una reproducción inversa del suplicio de la Lamballe a manos de los septembristas. La heroína, golpeada, desvanecida, rematada en fin, a tiros sobre la noble frente, es arrebatada, inerte ya, por las turbas, y su cadáver es el trofeo sangriento de los indignos vencedores. Pero ese crimen representa, en días no lejanos, una derrota del espíritu que lo cometió. En cuanto a Liebknecht, ¡no hay en los detalles de su muerte una vehemente sospecha de mentira oficial, un «camuflaje» del asesinato? No sé por qué me recuerda, en otra forma, la versión del asesinato oficial del presidente Madero y de su educador Pino Suárez, en México, por los esbirros de Huerta. Y recuerda también las versiones vulgares sobre otras sumarias

ejecuciones disimuladas en otros países, para regocijo de nuestras burguesías...

El socialismo alemán tiene una tonalidad gris, una estructura mecanizada, que le revela como partícipe en la morbosidad educativa que ha llevado al país a la derrota. Hay algo de «socialismo de Estado» en sus mayoritarios, algo como una hibridación de Hengel y Marx. Acaso el alma romántica de Fernando Lassalle representó la primera excepción de ese materialismo originario que por tantos años ha inficionado la doctrina renovadora. Pues bien; Liebknecht se sustraía poderosamente a esa herencia, que por lo demás, digase lo que se diga, no es la de la gran Alemania histórica, tan idealista, tan gloriosa en las luchas del pensamiento. Liebknecht era una supervivencia romántica, como lo era, en otra modalidad más latina, Jaurés, la primera víctima de esta guerra, cuyo ciclo sangriento cierra por hoy el nombre del gran agitador alemán.

Pero en el movimiento espartaquista, para la observación de nuestro Occidente, había algo más vital todavía que la simpática y generosa abnegación de un grupo de rebeldes. Había más cercano a nosotros, menos expuesto a la interesada calumnia de los viejos poderes y operando sobre una sociedad de vieja cultura y larga tradición ciudadana, el experimento capital de las posibilidades de renovar súbitamente la sociedad, de golpe, por la energía audaz de unos improvisadores geniales. Había la prueba enorme de una infusión de idealidad y poesía política en la prosa material de la humanidad; algo como el mito de Fausto transportado al cuerpo decrepito de las sociedades capitalistas. Había, en fin, el triunfo definitivo de esta palabra hoy proscrita por el eterno espíritu de Tartufo: el «maximalismo», el «bolcheviquismo», el salto prodigioso en la transformación de la especie; la nueva plasmación de la Ciudad humana. Os confieso que no veo entre los problemas del mundo actual, trémulo de erupciones próximas, otro que sea más digno de apasionar a un hombre consciente del tiempo en que vive; a un hombre que tenga verdadera contemporaneidad entre su cuerpo y su alma.

De cada día me siento más envuelto en esa gran oleada de pasión. Allí en Rusia, el contraste entre los ideales ardorosos importados de Occidente y la masa rural que ha de recibirlos como una nueva llama, convierte en sublime tragedia el espectáculo, mientras la gran nación esclava, sangrienta de su derrota militar, se levanta gallardamente contra la agresión de la vieja sociedad que la hostiga por todas sus fronteras. Pero en Alemania el combate ofrecía otros aspectos. Aquí iban a chocar dos Alemanias: la herencia del romanticismo y el último reflejo del Sacro Romano Imperio que quisieron imitar los bárbaros.

En Rusia, tierra de ascetas, de aristó-

ráticos adeptos, de puritanos y aun de místicos, el ideal absoluto triunfó, rudamente, contra los acomodados, las transacciones menguadas con la realidad. Una tradición de sacrificios y martirios justificaba ese frenesí de pureza. A la potestad absoluta de los zares había de corresponder, para equilibrar las fuerzas, un absolutismo en la aplicación de los nuevos principios. En Alemania á una etapa de pragmatistas y teorizadores, que proclamaban la consagración de la fuerza por la fuerza misma, debía suceder, como viento purificador, una imposición del ideal por la fuerza. Pero el temperamento medio, la nota mixta, han prevalecido todavía...

¿Quién recogerá la bandera de Liebknecht, más roja hoy con la sangre del campo y con la de esa mujer heroica? Creo profundamente que ese grupo de valientes continuará luchando más allá de la vida material, como corresponde á su naturaleza y que la victoria le pertenecerá. No hay bello gesto que se pierda; y el rebelionismo épicamente suicida de Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo es más eficaz para rebautizar el mundo que toda la sangre derramada en las batallas de esa guerra cuyos fines espirituales están desvirtuándose ya en manos de generales y diplomáticos. Liebknecht, héroe de una batalla de Schiller, no ha muerto. ¿Es posible que el hombre en quien, por unos días, han convergido las miradas de la Humanidad ansiosa, y en cuyo corazón se ha concentrado toda la vitalidad de las generaciones espirituales del porvenir para que él fuese su impulso paterno se haya transformado en una sombra histórica sin acción y eficacia sobre la ciudadanía que intentaba construir? No, no. Mientras en nuestro interior canta en su homenaje la marcha fúnebre de «Crepúsculo», se anuncia la aurora con más seguridad que nunca, y va cayendo, árbol por árbol, el bosque de los ídolos.

GABRIEL ALOMAR

Salpicaduras de un crimen

Al cruzar la pobre viejecita por el paso nivel de la calle de Viladomat (Barcelona) fue cogida por un irón, quedando muerta.

Desde que en 1909 perdió á su hijo (era la madre de Clemente García, aquel carbonerillo medio idiota que hubiera, de haber sido inculcado, impedido el fusilamiento de Ferrer, tan anhelado por los monárquicos).

Desde que le faltó su hijo, la infeliz vivía en la mayor miseria, pero siempre que iba á rezar sobre su tumba, esparcía sobre ella flores; á veces pedía limosna para comprarlas.

Me abstengo, al dar la noticia, de aplicar á Maura y la Cierva los epítetos de infames, cobardes, sanguinarios y asesinos, no por creer que no los merecen, sino por evitar que alguien pudiera preguntarnos á los que alardeamos de revolucionarios:

—Y por qué, mereciendo esos dos políticos ser calificados así, habéis consentido ser nuevamente gobernados por ellos, á pesar de haberos pasado años y años gritando que no volverían al poder?

Pues si alguien nos hiciese esa pregunta, lo que es yo, lo confieso, no sabría qué contestarle; á lo sumo le diría esto, balbuceando y con la vista baja:

—Porque nuestra cobardía está á la al-

tura de su crueldad y nuestra jactancia al lanzar amenazas ridículas, al de su cinismo al subir al poder por los mismos escalones que ensangrentaron al bajar.

¡Pobre viejecita!
Si tuvo la desgracia de darse cuenta de su muerte, quizá fuera este su último pensamiento:

—¡Ya no tendrá flores la fosa de mi hijo!

Sabios de pesebre

¡Recuerdan mis lectores á aquellos novena y tres sabios alemanes que en 1914 dieron un Manifiesto sintetizando la opinión predominante en aquel imperio? Seguramente sí.

Lo que será difícil que recuerden son las afirmaciones de aquel documento, entre las que figuraban las siguientes:

«Que la causa del militarismo alemán es la de la cultura alemana, y que ésta no puede subsistir sin aquél.

Que el ejército es la ciencia, y la ciencia es la disciplina.

Que no hay un intelectual ni un artista en Alemania que no considere el militarismo como la forma suprema del progreso de las naciones.

Que el servicio obligatorio lleva á los cuarteles á todos los alemanes sin distinción de clases.

Que los cuarteles son escuelas donde se enseña á obedecer.

Que la obediencia es la base de toda sociedad bien organizada.

Que el ejército es la abnegación, el honor y la bravura.

Que la civilización contemporánea no puede salvarse si no triunfa el militarismo alemán, que es su apoyo, su concreción y su razón de ser.

Y que la derrota del militarismo alemán sería la vuelta á la barbarie.

Si se llegara en la Conferencia de la Paz á imponer el castigo de los culpables de la guerra, no deberían olvidarse de esos egregios representantes de la cultura alemana.

Y ya que ellos aseguraban que la derrota del militarismo alemán sería la vuelta á la barbarie, sería justo imponerle un castigo que los acreditara de buenos profetas.

LINCHAMIENTO

La bestial muchedumbre berlinesa, la que aullaba contra los extráneos en Agosto de 1914, la que vitoreaba al Kaiser, la que clavaba clavos en la estatua de madera erigida á Hindenburg, ha fusilado á Carlos Liebknecht y ha linchado á la polaca Rosa Luxemburgo. Satisfacción sus instintos crueles y sanguinarios y su necesidad de esclavitud política y social.

Sólo había en Alemania dos revolucionarios: Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Y uno de ellos no era alemán. Han muerto á manos del pueblo que defendieron tantas veces contra el kaiserismo, arriesgando su vida con heroísmo insuperable.

¿Quién iba á decir á ambos jefes socialistas que serían bárbaramente asesinados por unas turbas defensoras de un Gobierno formado por afiliados al socialismo...

—Se van convenciendo ya los incautos

que creían en la posibilidad de una revolución germánica?

El teutón es refractario á todo lo que signifique rebeldía, independencia espiritual, emancipación política. Su idiosincrasia no ha variado desde los tiempos en que escribiera Tácito. Es siempre la misma molécula inconsciente de la gran masa, el mismo átomo de la fuerza ciega, el mismo componente del rebaño apaleado por el pastor. ¡Y á una muchedumbre así quería insuflar la esclava Rosa Luxemburgo su espíritu no conformista, su misticismo de magógico!...

La respuesta de la turba berlinesa ha sido la que tenía que ser, porque no en vano se hiere un instinto y se mortifica una psicología colectiva.

(La Correspondencia de España)

Noticia consoladora

Dicen de Berlín que durante la guerra han perecido de hambre en aquella nación unas quinientas mil personas.

Sus familias y las de los millones de muertos, heridos y enfermos habrán encontrado algún lenitivo á su dolor al leer esta consoladora noticia:

«El ex kaiser y la ex emperatriz parecen que están ya repuestos de su reciente indisposición.

Han vuelto á hacer vida ordinaria y han reanudado su paseo diario por los alrededores del Castillo.

El domingo asistieron á los oficios religiosos.

Se anuncia que el cumpleaños del ex kaiser se celebrará con un concierto.»

No ya lenitivo á su dolor, como antes dije; alegría grande sentirán en Alemania las familias de las víctimas de la guerra, al enterarse de que el causante de ella está ya bien de salud, hace su vida ordinaria y hasta da sus paseitos.

Y que asiste al templo del Señor cuyo brazo derecho fué, sin duda para rogarle que le proporcione el izquierdo, ya que con aquél no pudo llevar á cabo la alta misión que en su infinita sabiduría le encomendó.

Y que prepara para su cumpleaños un concierto, que contrastará con el de lamentos, ayes y gritos de angustia que lanzan á diario las madres, las hijas y las esposas de los que perdieron su vida escuchando el horriblo que durante cuatro años entonaron los cañones, los obuses, las bombas, las ametralladoras, los fusiles, los petardos, las minas y tantos y tantos explosivos, así en la tierra como en el aire, como sobre el agua y bajo ella.

Muchas ideas falsas ha elaborado el cerebro humano, mas ninguna tan fatal para la Humanidad como la de que existe un Dios justo que ha dotado al hombre, su hechura, de una conciencia que le acuse y un remordimiento que le mate.

¿Dónde estaría ahora ese gran malvado que hace su vida ordinaria en Holanda, si algo de eso existiera?

Envenenando gusanos en una sepultura.

Cine clerical

LA FUGA

—Corra usted, señá Irene, que si no nó la verá usted.

—¿Qué, ya la sacan?

—Corra usted, mujer.
—¿Dónde está?
—Allí, en la puerta de la panadería.
—¡Pobrecilla! Parece una mortajada con aquel hábito blanco... Está pálida como la cera ¡y qué mirar tan dulce y tan triste tiene!
—¿Y dónde la llevan?
—¿Pues dónde quiere usted que la lleven? Al convento otra vez.
—Eso es una infamia.
—Es que las madres dicen que está loca.
—Sí, la canción de siempre; apenas se escapa una monja ya sale a relucir la locura. No sé cómo estas mujeres tienen valor para meterse en esos cuchitriles para toda la vida.
—Hija, es la vocación.
—Qué vocación, ni qué niño muerto. Las embaucan los confesores ó la familia, y las hacen desgraciadas para toda la vida. Y luego vienen escapatórias como esta.
—Mire usted cómo la coge un guardia por el brazo...

—Y la meten en un coche.
—¡Pobrecilla! Está llorando, y aquellos calzonazos de hombres que la miran no hacen nada por ella.
—Sí, ¡cualquiera se atreve! El obispo y el gobernador han mandado que la vuelvan al convento en seguida.
—¿Y cómo fué la cosa?
—Pues anoche á las nueve: se descolgó por la ventana de la sacristía y se refugió en la panadería, pidiendo por Dios que la amparasen, que no quería seguir en el convento, que las monjas la maltrataban.

—¿Y qué hicieron los de la panadería?
—Pues avisar á las madres: son los que hacen el pan para el convento. ¡Cuarenta libretas diarias! No era cosa de perder tan buenas parroquianas.
—Pues esas gentes no tienen corazón.
—Es que es una monja profesa, y eso de escaparse es un sacrilegio.
—¿Y no es mayor sacrilegio el condenarla toda la vida á una cosa que no la gusta?

—¡Ya se va el coche!
—¡Asesinos! ¡Verdugos de mujeres!
—Calle usted, por Dios, que si lo oyen la van á llevar á la delega.
—¡Canallas! Si fuera hija mía ya os diría yo lo que había que hacer.
—¡Por Dios, señora! Que nos va usted á traer un compromiso.

FRAY GERUNDIO

El pueblo modelo

Proclama dirigida en 4 de Noviembre de 1914 por el capitán von Hagon, comandante de las regiones de Ebelowa y Kribi (Camerón) á los vecinos de aquellas regiones:

«Aviso á todos los habitantes de Ebelowa y Kribi: Yo digo esto: Cuando los ingleses y los franceses vengan al país, debéis huir al bosque. Los que se queden en sus aldeas ó vayan delante de los ingleses y de los franceses, serán todos muertos por mí; hombres, mujeres y niños. Mataré también á los que suministren viveres, indiquen los caminos ó porten fardos.

Dios dió el Camerón á los alemanes; El ha dicho que le conservaremos siempre. No nos iremos, pues.

Los soldados alemanes devastan el país de los franceses y de los ingleses. Así, pues, la guerra acabará dentro de dos meses. No debéis tener miedo.

Os repito que los que ayuden á los franceses y á los ingleses serán muertos, porque

yo soy más fuerte que todos. Os saludo.

—Von Hagon, el terrible de Ebelowa.
El pueblo en que abundaban los animales de la especie del que firma ese documento, era el que se quería imponer al mundo en nombre de la civilización, y al que defendieron tantos plumíferos españoles.

Me avergonzaría yo de ser ambas cosas, si no fuese por saber que la necesidad, cuando se desposa con la poca aprensión, produce fatalmente este sér híbrido: el gapapán p-ródístico.

Médico concienzudo

En Agosto ultimo se encontraba un individuo con fiebre tifoidea en Artana (Valencia).

Alguien le habló de la venerable Madre Sacramento, dándole una estampa suya. Se encomendó á ella durante varios días y al noveno el médico lo encontró sin fiebre.

Nada de esto me extraña, pero sí que la estampa, decidida á curar al enfermo, no lo hiciera el primer día que se encomendó á ella. Se conoce que le gusta que se lo rueguen. Achaque mujeril.

Como se ve, el enfermo era visitado por un médico á la vez que se encomendaba á la Madre Sacramento; (á Dios rogando y con el mazo dando, y nunca por mucho trigo es mal año); médico que ahora se nos descuelga en la Prensa diciendo «que no puede atribuirse aquella curación á la acción de los medicamentos prescritos por él, y sí á beneficio de orden sobrenatural».

Felicitó á ese hijo de Esculapio, llamado Salvador Cosme, por la modestia con que confiesa que es un animal y un farsante, pues receta medicameetos á conciencia de que no pueden curar; y que, por lo tanto, merecía ser uncido á una carreta llena de basura con aquel que visitó á otro enfermo con fiebre, le hizo sacar la lengua tres veces, lo pulsó cinco, le puso siete el termómetro bajo el sobaco, y acabó por decirle:

—Hábleme usted con toda claridad. ¿Tiene usted calentura? A los médicos no debe ocultárseles nada. Si la tiene usted, no me lo niegue.

Y después de bien uncidos ambos, que tirase de gallarda el conductor, la pusiera en contacto con su costillar cinco ó seis veces y lo hiciera arrancarse al grito de ¡jarre! beato, ¡jarre!

No quiero terminar, sin lamentarme de que haya periódicos que inserten tales paparruchas dando lugar á que algún idiota tome en serio lo de la estampa, y deje de avisar al médico cuando tenga fiebre.

Y tampoco quiero callar esto que se me ocurre:

«No convendría autorizar á las Academias de Medicina para recoger el título á todo individuo que diese pruebas de incapacidad y estultez como ese de Artana? Merece la pena de pensarlo».

Fruta del tiempo

Entre los muertos por hambre y frío en Madrid durante la semana última, figura un anciano de unos setenta años, á quien se encontró muerto en un banco del Parque del Retiro.

No fué identificado, pero puede asegurarse que no era un sér vulgar.

En vez de acurrucarse en el quicio de

una puerta y aguardar allí á que su cuerpo perecedero se divorciase de su alma inmortal, ex-niéndose á que el sér no lo creyese un borracho y llamase á un guardia para que lo condujera á la C misaría del distrito, se dirigió al hermoso Parque del Retiro, y allí, arrullado por el rumor de las hojas de los árboles que no se despojan de ellas en invierno, oreada su frente sudorosa por la suave brisa que sopla allá por la madrugada en estas templadas noches del mes corriente, coreados los ayes de su agonía por el melódico croar de las ranas del estanque, contemplando el estrell del cielo donde mora el padre amoroso de todos los hombres...

¡Oh qué tranquilo acabar! ¡Qué muerte más poética! ¡Y qué ocasión más propicia para ciscarse en una porción de cosas divinas y humanas!

Lo repito: no; no era un sér vulgar el que fué encontrado muerto sobre un banco de piedra en el Retiro.

Beneficencia é Instrucción

Así como ignorancia es miseria, creamos que instruir es hacer un gran beneficio, solamente que entre nosotros la instrucción pública está convertida en un fanatismo donde se son acogidos los fracasados.

Para convencerse de lo dicho basta leer la *Gaceta de Madrid*, periódico el más pintoresco, ameno é instructivo de todos, con lo que se demuestra que á los gobernantes les importa un pito el problema primordial de la enseñanza, bise de todos los demás problemas que afectan á la vida del individuo y de la sociedad.

Oído á la caja, digo, al pandero, porque á la caja ya están atentos los vivos.

«La Gaceta del 16 publica las siguientes disposiciones:

Real decreto admitiendo la dimisión del cargo de Inspector general de Instrucción pública y especial de Escuelas de Artes e Industrias á D. Baltasar de la Macorra y Rodríguez.

Otro ídem íd. íd. del cargo de Inspector general de enseñanza á D. Fernando Riano y Prieto, barón de Velasco.

Otro nombrado Inspector general de Instrucción pública y especial de Escuelas de Artes e Industrias y de Artes e Industrias á D. Luis Batá y Montes, Dintado á Cortes. Otro ídem, Inspectores generales de enseñanza, con la categoría de Jefe superior de Administración civil, á D. Felipe Clemente de Diego y Gutiérrez, Catedrático numerario de la Universidad Central, y á D. Rafael Comenge y Dalman, ex Diputado á Cortes».

Los anteriores cargos, que no dan nada que hacer, que no tienen ni despacho en el ministerio, son sincuras dotadas con 12.500 pesetas, hoy quizá con mayor cantidad.

Pero consuélese los contribuyentes sabiendo que tanto los dimitentes como los que les sustituyen, á excepción del Sr. de Diego, no se dedicaron nunca á la enseñanza, nadie puede decir que se distinguieron en alguno de los diversos ramos del saber.

El barón de Velasco, por ejemplo, es conocido por los excelentes *potros y becerros* que presenta en las exposiciones de ganado. ¿Tendrá esto relación con la Instrucción pública?

VOCES EN DESIERTO

En la sociedad Española de Higiene el Dr. Tolosa Latour una vez más ha hecho sonar su resbaló disco de protección á la infancia, protección que no aparece por

ninguna parte apesar del flamante Consejo Superior; si lo que dijo el Dr. Tolosa no bastase para demostrar que lo que se gasta ó malgasta en instrucción es perdido, véase lo que otro doctor dijo en la misma sesión; el Sr. Franco demostró:

«Que la sociedad española, compuesta en su mayoría de analfabetos y de hambrientos, no era la más á propósito para encargarla de la educación de los futuros matrimonios y de capacitarlos para la defensa del niño.

Respecto á modificación de costumbres, cree el doctor Franco, que esta labor social debiera estar encomendada al sacerdote (?), al médico y al maestro, siempre que éstos estuvieran ó capacitados para imponer el amor á la limpieza.»

El doctor Franco sufre una equivocación al creer que el sacerdote fomentador de la ignorancia ó barrera contra el progreso, sea un auxiliar de la instrucción.

COROLARIO

En la misma sesión, la señorita Soriano dijo:

«Las molestias que sufren las mujeres cuando tienen que ir á pie ó en tranvías, oyendo toda clase de piropos, que, en realidad, son tremendas groserías.

La necesidad de educar al público, imponiendo corrección y cultura, es cosa que importa señalar, para que las autoridades se persuadan de que es deber primordial suyo ir modificando estas incíviles costumbres.»

Este es el mejor elogio que se puede hacer de la enseñanza y de su alta inspección.

A GEL DE LA PAZ

A sopapo limpio

Cuando el levante sopla en Milaga mudean las disputas y los navajazos: ¿Qué viento soplará en Cieza el 10 del actual para que en la sacristía de la parroquia de la Asunción se lliaran á sopapos profanos los presbíteros D. José Marín Alonso, y poco después este último con el periodista don Tomás Pérez Caballero, que le devolvíó la caricia en las propias barbas (rasuradas) del cura párroco?

No acabo de acostumbrarme á la idea de que las sacristías parezcan á lo mejor sucursales de las tabernas por los escándalos que en ellas ocurren y las bofetadas que se reparten.

Y es por creer que quienes las frecuentan tienen el deber de aparentar, aunque sea por egoísmo, que no se burlan en privado de lo que predicán en público.

Liarse á mamporros en la casa de cualquier ciudadano, es pasarse por parte reservada al dueño. ¿Cuánto más lo será en la sacristía de un templo consagrado al Dios de la única religión verdadera, doblemente si los que se los propinan en sus piadosas getas son ministros suyos!

Me horripilo al pensar en los mordimientos á que esos de Cieza tendrán ahora. Por no haber podido cada uno despenar al otro.

Conato de restauración

Lo monárquicos han intentado nuevamente derribar la República en Portugal. La sublevación ha sido casi exclusivamente militar, al mando de Paiva Conceiro. El Gobierno no dudó ni un momento en que la sofocaría, como así ha ocurrido.

El pueblo ha demostrado su amor y su entusiasmo por la República alistándose para combatir á los insurrectos.

Las fracciones en que estaba allí divi-

dido el republicanismo se han unido, y el Gobierno ha presentado su dimisión para que pueda formarse un ministerio de concentración.

Durante la semana última han circulado por España las noticias más estupendas, dándose por restablecida y hasta ya consolidada la Monarquía. Así se consolaban sus partidarios de las contrariedades sufridas de tres meses acá al ver las muchas que han desaparecido en Europa.

Pero, na!; no ha habido de qué: la República continúa en Portugal y más fuerte ahora que antes, puesto que se han unido todas las fracciones, y el pueblo ha demostrado que está dispuesto á todos los sacrificios para conservar la forma de gobierno que tanto ama.

Lo de Cataluña

Ayer, domingo, se celebró en Barcelona la Asamblea de los municipios catalanes, aprobando el Estatuto de la Asamblea de la Mancomunidad.

Hubo una colisión entre los partidarios de la autonomía, y los que creen ver en ella el separatismo, resultando un muerto y varios heridos.

El Pelayo sigue abarrotándose de sindicalistas que nada han hecho para que los detengan, pero que sirven de pretexto para hacer creer que es preciso mantener la suspensión de garantías, precursora del estado de guerra.

Mañana, martes, llegarán á Madrid los parlamentarios elegidos para entregar al Parlamento el Estatuto.

La pelota está, pues, en el tejado.

Aunque es muy expuesto echárselas de profetas, y más en estos tiempos en que los hombres varían de opinión de la noche á la mañana, opino que esta semana va á influir en los destinos de España más aún que la trágica de 1909.

El problema es tan complejo, y han llegado las cosas á un punto que creo imposible encontrar una solución que armonice todas las aspiraciones y todos los intereses.

Los momentos son graves. Si no se entra en componendas, como de costumbre, de aquí al lunes próximo hebrá grandes sorpresas.

El socorrido oficio de hombre de orden se va poniendo cada día más fío. Deben estar estos días con el alma en un hilo cuantos viven de él.

Lo cual que me regocija grandemente.

La hora de las derechas

Al cerrar este número parece indudable que habrá crisis. Y parece indudable también que los conservadores tienen muchas ganas de gobernar.

Kalmente, si, como puede juzgarse por los principios, es ya cosa decidida resolver el problema catalán por el expeditivo medio de la carga y de la descarga, el conde de Romanones debe dejar el paso á los Sres. Dato y Sánchez Guerra. No es que los liberales sean una desdicha, ni mucho menos, para esos menesteres; pero no tienen tanta práctica.

Filigranas harían en estas circunstancias el Sr. Dato y el Sr. Sánchez Guerra. Hasta el indispensable elemento extraño que necesita todo fusilador de conciencia está preparado ya: el sindicalismo. Lo preparó el conde de Romanones que tiene buen instinto aunque no tenga

la admirable decisión de los otros consocios en los asuntos de gobierno. Lo dicho, que sería coser y cantar.

Conque, vengan los conservadores, aunque para ello tengamos que tragarnos el pretexto de que no pueden sufrir que nada se anteponga á la cuestión económica; cuestión que no pareció inquietarles mucho—me refiero á la cuestión económica del país—cuando estaban en el Poder.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES

PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Antonio Medina, Milaga, 50 pesetas; Adolfo Durán, ídem 9; Varios socios de la Casa del Pueblo, Montblanch, 25; Enrique Allepuz, Huelva, 2; Conrado Villar, Tapia, 5; Fernando Iza, Armunia, 4; José López Huertas, 5; J. Muñoz, 5; Juan F. Montequí, 5; Francisco Vázquez, 5; Miguel Santamaría, 2; Antonio Guerras, 2; Fermín García, 2; Ventura Sacristán, 2; Ricar Jo Montequí, 2; Un ciudadano, 2; Juan H. Jiménez, 2; Juan J. Socau, 2; Nicánor Blázquez, 2; Aniano Montequí, 1; Cándido Alvaro, 2; Antonio Sacristán, 1. (Todos del Barco de Avila); Luis Casado, 1; José Pérez Rodríguez, 1; Ramón Martínez, 1; Siro Gallardo, 1; Cándido Torrico, 1; Maximino Blanco, 1; Ángel Roca, 1; Pedro Gómez, 1; Jorge Gallardo, 1; Alfonso Sánchez, 3; José Barragan, 1; Braulio Marañón, 1; Justo Muriello, 1; Joaquín López, 1; Juan d. Dios Loro, 1; José Pérez Pérez, 1. (Todos de Pueblo Nuevo del T. rrible.)

—Me parece que hoy tose usted mejor que ayer—decía un médico á un enfermo.

—No es extraño, doctor; toda la noche me la he pasado ensayando.

Un moribundo, que aún conserva el conocimiento, pregunta á su enfermero:

—¿Qué ha dicho el médico?

—Cálmese usted. El doctor tiene un aspecto muy tranquilo.

—¡Vive el cielo!—exclama indignado el enfermo. ¡A mí, en su lugar, me pasaría lo mismo!

A la cabecera de un enfermo:

—Vamos, doctor, ya sabe usted que soy el único heredero del paciente. Dígame usted la verdad.

—¿Es usted hombre de corazón para recibir una mala noticia?

—Sí señor, hablé usted.

—Pues valor, amigo mío. Dentro de ocho días su tío de usted estará bueno y sano.

Anticlericalismo al menudeo

15 CÉNTIMOS

Cien sonetos Virtudes del clero

JOSE NAKENS

Precio: UNA peseta.

IMPRENTA MESÓN DE PAÑOS, 8